

Renacen en el Siglo XV Adán y Eva



El conde, llano de respeto como todos los socios, por la profunda ciencia del Viterbeo, no osaba interrogarlo, y esperaba con impaciencia la primera de sus palabras para recibirla religiosamente.

—¿Cómo están mis hijos? — preguntó por fin el Viterbeo.

—Gozan de una salud maravillosa — contestó el conde.

—Hermano de Bolena — dijo el hombre de Viterbeo — ¿le boté estará listo antes que acaese?

—Sí.

—Es necesario volar y no dejarse sorprender por el sueño. Hará usted de la vida cuando su cuerpo sea eterno.

—No divertire. — ¡Válar!... gozará de la vida bajo todas las latitudes. Y usted, ¿cómo piensa emplear su eternidad?

El hombre de Viterbeo se letró: sus negros ojos brillaron, su frente se contrajo.

—Tendré el brazo a la isla, diciendo con vos solamente.

—Moisés guió a los hijos de Israel a la tierra prometida, y murió antes de entrar en ella; Moisés había pecado y así debía suceder. Es siempre necesario que un libertador se sacrifique por sus hijos.

★

A la hora convenida, los dos adeptos saltaron en el bote, y el viento los empujó rápidamente hacia la isla.

Desde puntos espaciales, otros botes habían conducido a los compañeros. Se reunieron en la sala común, donde reinaba el más profundo silencio; ocurría era todavía la noche. El Viterbeo, habiéndose asegurado que Raggio dormía, hizo derribar la pared que separaba los dos jardines. Luego impuso silencio y ordenó esperar el alba.

Vita entraba en su décimo quinto año; Raggio contaba un año más. Pero la existencia natural que llevaban había desatrollado sus cuerpos adormecidamente.

Los dos jóvenes despertaron al canto de los pájaros, según su costumbre. Los jardines no eran muy vastos; se vieron, pues, casi simultáneamente y ambos salieron una carcajada. Raggio, más atrevido, adelantó cautelosamente y miró al otro jardín; la niña dio un grito, y Raggio se detuvo, con los ojos fijos en ella.

No hay palabra bastante energética para describir el sentimiento que convenció a aquellos dos seres, revelados el uno al otro de repente, como si ellos eran la traducción de una idea; permanecían en su lugar sin avanzar un paso, temerosos de que aquella imagen, cuya vista les daba tanto placer, tanto terror y tanta sorpresa, al mismo tiempo, desapareciera para siempre.

El jovenito inició la conversación entonando una melodiosa melodía de las aves del aire, y ella le contestó en el mismo lenguaje. Debieron reconocer en ese momento que pertenecían a la misma especie.

Entonces se sonrieron mutuamente y se acercaron; Raggio puso los pies en el jardín de Vita; por la primera vez las mejillas de la niña se iluminaron de rubor.

Los adeptos habían quedado en la sala común; el Viterbeo y el conde asistían secretamente a aquella escena y no perdían un movimiento de los dos jóvenes.

—¿Ve usted a mi Eva? — dijo el Viterbeo; ella es inocente y se cubre; el pecado de su madre lo dejó por herencia al nacer.

Raggio había cruzado el arroyo; una de sus manos empujaba la mano de Vita, y con la otra levantaba los cabellos que cubrían el rostro y el pecho de la niña.

—Vita reía y oponía sólo una débil resistencia.

—Entus muchas cosas que decir, pero de sus gargantas no salieron sino sonidos inarticulados y gorjeos de pájaros. Vita reía. Llamó a Raggio con un movimiento de cabeza que quería decir:

—Ven.

Y lo llevó al lugar donde se depositaban los alimentos durante la noche, y lo hizo asnar de comer.

Raggio obedeció; la chica, viendo que Raggio comía como ella, saltó de placer, palmó, y rasó como los pájaros. Se sentaron juntos y se desayunaron alegremente; bebieron agua al instante y luego se lavaron en la tina, divirtiéndose como los tritones.

El Viterbeo dijo:

—Ordene al hermano sierviente que me traiga el vino de Monterosi y mi copa de plomo.

La orden fue transmitida y obedecida inmediatamente. El adepto parecía agitado por una emoción desconocida; sus labios se estremecían convulsivamente.

Los dos jóvenes corrían por el jardín como dos criaturas. Vita, ligera como un pájaro, se detenía solamente para recoger flores que se ponía entre los cabellos, y así adornada se mostraba a Raggio triunfalmente.

Raggio había subido de agitación; él también se había detenido a recoger flores que se ponía entre los cabellos, y así adornada se mostraba a Raggio triunfalmente.

—¿Estás enfadado?

Raggio, con las mejillas encendidas, el pecho inflamado, los ojos húmedos de llanto, tomó las manos de la niña como pórfidos de amor. En sus dos retes, con prodigiosa rapidez, comenzaba una pasión que necesitaba palabras para hacerse comprender. Un instante insoportable llevó los labios de Raggio hacia aquel semblante de mujer.

—¿La hora ha llegado? — dijo el Viterbeo. — Hermano de Bolena, tone esta carta; la leerá después de mi muerte.

★

Entonces el adepto de Viterbeo abrió una puerta secreta, entró furtivamente en el jardín, y domando a fuerza de alfiler, llevó tres veces a los dos jóvenes; luego hundió el alma en su propio pecho.

Todos los socios acudieron al lugar de la catástrofe, sobrecogidos de asombro, pero no de compasión.

—Hermanos — dijo el conde —, he aquí el diploma de la inmortalidad que me dio nuestro hermano de Viterbeo antes de morir. En seguida leyó:

—¡Maldad dos gotas de sangre de Vita y de Raggio con el vino vertido en mi copa y bebido diciendo: ¡Inmortalidad! Así se hizo. Fue un día de orgullo, que noche de delirio excesivo.

Se bebó en honor de Satanás, se impetró a Dios, se maldecieron a los ángeles... Antes de separarse, los adeptos decidieron, reunidos una vez más para adoptar un común sistema de vida inmortal en una liberación solemne. El decano de la sociedad debía presidir la reunión. Los adeptos se sentaron, esperando al presidente, que se demoraba.

Al fin, impacientes, fueron a buscarlo a su casa. El presidente se podía venir ni podría hacerlo nunca.

Estaba muerto.

La noche terrible que se apodera de las almas al momento de morir. Nada lo intermite, con colápsos de sangre en la boca. Lázaro Ramos, niño sobreviviente de la tragedia "Santa María del Perdon", hace un terrible esfuerzo, y lanza un grito. Es un angustioso llanto, un alullido de desesperación.

Pero en la colonia de Santa Ana todo se inutiliza. Gritar hasta el cansancio. Nada lo intermite. Y aunque los pobladores sintieran al llanto, lo dejarían abandonado sobre esa tierra fría, estéril, y al viento. En Santa Ana no se conoce la hospitalidad. Los hombres son ruidosos, recios, inhábiles. Las mujeres viven aisladas, y tienen a sus hombres. Allí no hay nada más que tierra, rocas, el mar, el cielo. La tierra es hostil, las rocas duras, tienen una blanca claridad, el mar implacable domina esas vidas con su misteriosa angustia, el cielo perpetuamente liso tiene un brillo lejano.

Lázaro Ramos está allí, bajo la frialdad de las estrellas. Siente dolor, hambre. Una onza de frío le pesa a pesar de la fiebre; sus ojos van de sombra, unas blancas estrellas y un cielo de negro que sobre él desciende. Una lengua se desliza rodeada de laminadas claridades, de islas erráticas y aguas voraces, de rostros antiguos que ya no verá más. En su delirio oye la voz del capitán del "Santa María del Perdon" el balbuceo de la madre, en la última palabra, la última palabra de Guillermo Rose.

—¡Hermano!

Dos trozos de matallé le habían servido de alimento. Dos trozos de matallé en cruces, que las aguas llevaron con rumbo incierto. Oyó los gritos de sus compañeros; después, entre el impulso de las corrientes, vio a la madre, una mujer en su último momento. Pudo decir unas palabras de plegaria.

En la primera, luz comprendió que estaba salvado. Vio tierra. Sintió la tierra. Amance. Una pequeña claridad nace en el mar, se extiende sobre las aguas, una lengua se desliza del cielo, un tenue fulgor se desliza por las rocas.

En Santa Ana sólo viven pecadores y una miserable tribu de yaganos. Ellos lo miran con miedo, como a un enemigo, y se alejan.

Hay una réplica en los ojos de Lázaro. Pero nada entiende de piedad. Sin embargo, un pequeño cubro con un pedazo de tela, una tela de algodón, se desliza sobre su cuerpo, y él se cubre de quedarse hasta que muera.

En el caso, cuando una triztera horrible cae y los huales grillos aullando la noche, Lázaro, acompañado de uno de los indios yaganos, y de su perro, está en el lado del mar. Él tiene un refugio. Las cuatro patas de la casa de Ana Larsen le servirán de abrigo contra el frío blanco y la noche despiadada.

La casa es baja y espaciosa. Hay un fuego apagado, una cama cubierta de cascotes, una alfombra hecha con plumas de jaguar, pieles de guanaco, pieles de loro, plumas, cascotes de juncos, jaguar, y una alfombra hecha con cascotes de juncos.

En la hornalla de piedra fría y calurosa, hay una olla que da bienestar y calma. Frente al calor del fuego y a una luz que se levanta en la hornalla, Lázaro siente una alegría infantil. Siente las manos de Ana sobre su frente. Ve una olla de carne y una olla de leche. Una palatabilidad que no comprende y se hunde lentamente en el sueño.

Pudieron días de penoso delirio.

—He visto pájaros y maderas... perdidos... estrellados... navíos... sepultados en el estrecho.

Daba un grito y Ana trataba de reanimarlo para que Lázaro volviera a la realidad; para rescatar aquel cuerpo de la muerte. Así, por sus palabras, Lázaro escuchó, conoció su historia. Así supo todo lo que había sufrido.

El "Santa María del Perdon" era un viejo buque que hacía la carrera de las Indias: el Océano, el Estrecho de Magallanes, el Pacífico. Había sido construido para posar, pero fue armado en guerra y cargado de armas y pertrechos militares, de armas y mercaderías de toda especie. La tripulación estaba compuesta de hombres casados y abuelos, de soldados inválidos, de marzanos gastados en la navegación de los mares de las Indias.

Fuó al entrar al Estrecho cuando estalló la epidemia. Todos tenían la piel torpe y seca, dolores fulminantes, derrames sanguíneos y un surco de sangre en los labios. Sólo hubo muertos.

En el Golfo de las Penas un recio temporal despatalló el velamen, rompió escotillas, tumbó la nave a babor, frías y nada más que frías. Fueron arrojados al mar sesenta hombres en una semana. Hizo un ruido al doblar el Archipiélago del Cuervo. La lucha fue sangrienta y los cabezas fueron colgadas de los esqueletos del velamen, la altura del Cerro Monte Nizca, la variación vertiginosa de los vientos hizo que la marea rompiera las cadenas de vigotas. Los botes fueron destruidos por el huracán. Ocho tuvieron que sufrir la pérdida del peso de meses con botellón de las jaracas—alivio pasajero—los obligaron a desprenderse del ancla de presa. Las tripulaciones continuaron en la búsqueda de los hombres desaparecidos trasgredidos por el mar. Navagaban hacia las Islas Desventuradas. La tripulación pidió que se fuera por la noche. El capitán persistió en seguir directamente rumbo a las islas. Estalló otro alboroto. El capitán fué asesinado.



to. Golpes, días que estallaban, y una monstruosa marea que hizo de "Santa María del Perdon" una cosa débil e indefensa. El lincoln no abandonó en pos de él. Lázaro vio la última contra-ataque de Guillermo Rose:

—¡Hermano!

La noche está sobre Lázaro, martirizado con su sombra densa y su enorme silencio. Se sentía cercado por el resaca impenetrable. Veía los rostros surtidos de sus compañeros—ojos desparpados, bocas contrías—y un sufrimiento más fuerte que el de aquellos momentos que había vivido se apoderaba de él y despertaba en un grito de angustia.

Pero Ana Larsen estaba allí para consolarlo, para animarlo con sus palabras tan impregnadas de emoción que parecían extrañas en aquellos lugares donde no había nada cordial ni piadoso. Sólo ella, sólo sus ojos claros, su balbuceo, su leve sonrisa.

Estaba allí, ante él, custodiando aquella vida desconocida, sobre la cual creía, a veces, ver descompar la muerte.

Tenía el presentimiento doloroso de que la muerte estaba cerca y sus manos temblaban al tocar las sienes afiebradas de Lázaro.

La vida en Santa Ana no cambia nunca. De día, la pesa de feces. De noche, cuando la luz de las estrellas desciende sobre el mar, salen los ojos de los yaganos. El peligro se acerca por las partes, pero las vidas allí no valen nada. Es necesario obtener buena pesca. Las corrientes del estrecho son tricioneras, y muchas veces devuelven a la aldea tablas rotas, restos de velámenes y cadáveres comidos por los peces.

Van hacia el Cielo. Van hacia las Blancas. Llanuras antorchas de albedío que agitan en la sombra. Van hacia allí donde duermen pájaros blancos, que camuflados en las rocas, se esconden, encogidos por la luz de las antorchas.

Y en la tierra, en la profundidad de la noche, se oye las gritas de la indiana, sus cantos monótonos, sus agudos gemidos. Los yaganos se reúnen alrededor de las hogueras. Invocan a sus dioses de madera, de piedra y de barro, a los que ofenden su dolor y su sangre. Los gritos y los cantos se entrecruzan con los alullidos, bailan furiosamente, levantan escuadras tiernas a la luz, y se hieren con alfileras y piedras y con tajantes conchas de mar. El olor de la sangre los hace furiosos. Arrojan cascotes por la boca. El clamor de la tribu es un impresionante grito de animales salvajes.

En la alta noche Ana Larsen vive. Oye esos alullidos que llegan en confuso rumor y la traza recuerdos de su pasada vida, de los días en que pudo volver a la realidad, de la pesca, los días en que sentía la paz de aquella vida simple, y sobre todo, una alegría manifiesta en que le encontró muerte a la muerte que había en el viento cortante y el sol un disco pálido en el horizonte lejano.

Su vida fue una existencia una cosa sin sentido, pobre y solitaria. Sintió el vacío de su soledad, pero no quiso abandonar aquella calma de la vida de un recuerdo en cada cosa.

Sintió miedo. Sus días de duda y de vacilación fueron una especie mágica de ensueño y de ilusión.

Para mirar el rostro de Lázaro. Oye su queja, sus palabras tan débiles. Está tendido en el camastro y la luz resaca y gime de la lámpara. Para mirar el rostro un poco triste. En la calma de la noche Lázaro la llama. Necesita su mirada, sus manos tiernas.

—¡Vivir así! ¡Vivir así!... —dice Lázaro amargamente.

—Hay que esperar.

—¿Qué?

—Algo.

—¿No hay esperanza...? Se que moriré...

Y lo que sufrió las miserias que tuvo que aguantar... el hambre... el frío... pero ahora no quisiera volver.

Aprieta las tibias manos de Ana, la mira en silencio. Después, cuando él duerme, ella llora amargamente.

El otoño entre los abetos. Una luz grave cae sobre los árboles de tronco blanco y hojas verdes que tiemblan. Una luz misteriosa y profunda, la misma soledad, el mismo silencio, la misma quietud de Lázaro.

Soledad. Silencio. Y Ana Larsen siempre con el miedo de encontrarlo muerto. Vida de todos los días, simple como la tierra. El amanecer blanco. El frío corta las manos y la cara. Los ponchos no bastan. El agua está helada. Sólo el fuego. Después Ana Larsen sale. El se queda solo. La vida continúa así.

El cielo está claro, amanece; abajo la tierra blanca. Una viento helado golpea en la puerta de madera, las varcosías tibias.

Lázaro está con los ojos abiertos. Ana lo aprieta las manos con dulzura.

Se meciéndole. Sigue soplando un viento helado. El sol no se ve.

Lázaro Ramos:

—Ana... Ana...

Su voz es angustiosa. Va unos ojos claros, una sonrisa triste. Llama a una sombra fría, final. Ana Larsen siente la terrible soledad.



to. Golpes, días que estallaban, y una monstruosa marea que hizo de "Santa María del Perdon" una cosa débil e indefensa. El lincoln no abandonó en pos de él. Lázaro vio la última contra-ataque de Guillermo Rose:

—¡Hermano!

La noche está sobre Lázaro, martirizado con su sombra densa y su enorme silencio. Se sentía cercado por el resaca impenetrable. Veía los rostros surtidos de sus compañeros—ojos desparpados, bocas contrías—y un sufrimiento más fuerte que el de aquellos momentos que había vivido se apoderaba de él y despertaba en un grito de angustia.

Pero Ana Larsen estaba allí para consolarlo, para animarlo con sus palabras tan impregnadas de emoción que parecían extrañas en aquellos lugares donde no había nada cordial ni piadoso. Sólo ella, sólo sus ojos claros, su balbuceo, su leve sonrisa.

Estaba allí, ante él, custodiando aquella vida desconocida, sobre la cual creía, a veces, ver descompar la muerte.

Tenía el presentimiento doloroso de que la muerte estaba cerca y sus manos temblaban al tocar las sienes afiebradas de Lázaro.

La vida en Santa Ana no cambia nunca. De día, la pesa de feces. De noche, cuando la luz de las estrellas desciende sobre el mar, salen los ojos de los yaganos. El peligro se acerca por las partes, pero las vidas allí no valen nada. Es necesario obtener buena pesca. Las corrientes del estrecho son tricioneras, y muchas veces devuelven a la aldea tablas rotas, restos de velámenes y cadáveres comidos por los peces.

Van hacia el Cielo. Van hacia las Blancas. Llanuras antorchas de albedío que agitan en la sombra. Van hacia allí donde duermen pájaros blancos, que camuflados en las rocas, se esconden, encogidos por la luz de las antorchas.

Y en la tierra, en la profundidad de la noche, se oye las gritas de la indiana, sus cantos monótonos, sus agudos gemidos. Los yaganos se reúnen alrededor de las hogueras. Invocan a sus dioses de madera, de piedra y de barro, a los que ofenden su dolor y su sangre. Los gritos y los cantos se entrecruzan con los alullidos, bailan furiosamente, levantan escuadras tiernas a la luz, y se hieren con alfileras y piedras y con tajantes conchas de mar. El olor de la sangre los hace furiosos. Arrojan cascotes por la boca. El clamor de la tribu es un impresionante grito de animales salvajes.

En la alta noche Ana Larsen vive. Oye esos alullidos que llegan en confuso rumor y la traza recuerdos de su pasada vida, de los días en que pudo volver a la realidad, de la pesca, los días en que sentía la paz de aquella vida simple, y sobre todo, una alegría manifiesta en que le encontró muerte a la muerte que había en el viento cortante y el sol un disco pálido en el horizonte lejano.

Su vida fue una existencia una cosa sin sentido, pobre y solitaria. Sintió el vacío de su soledad, pero no quiso abandonar aquella calma de la vida de un recuerdo en cada cosa.

Sintió miedo. Sus días de duda y de vacilación fueron una especie mágica de ensueño y de ilusión.

Para mirar el rostro de Lázaro. Oye su queja, sus palabras tan débiles. Está tendido en el camastro y la luz resaca y gime de la lámpara. Para mirar el rostro un poco triste. En la calma de la noche Lázaro la llama. Necesita su mirada, sus manos tiernas.

—¡Vivir así! ¡Vivir así!... —dice Lázaro amargamente.

—Hay que esperar.

—¿Qué?

—Algo.

—¿No hay esperanza...? Se que moriré...

Y lo que sufrió las miserias que tuvo que aguantar... el hambre... el frío... pero ahora no quisiera volver.

Aprieta las tibias manos de Ana, la mira en silencio. Después, cuando él duerme, ella llora amargamente.

El otoño entre los abetos. Una luz grave cae sobre los árboles de tronco blanco y hojas verdes que tiemblan. Una luz misteriosa y profunda, la misma soledad, el mismo silencio, la misma quietud de Lázaro.

Soledad. Silencio. Y Ana Larsen siempre con el miedo de encontrarlo muerto. Vida de todos los días, simple como la tierra. El amanecer blanco. El frío corta las manos y la cara. Los ponchos no bastan. El agua está helada. Sólo el fuego. Después Ana Larsen sale. El se queda solo. La vida continúa así.

El cielo está claro, amanece; abajo la tierra blanca. Una viento helado golpea en la puerta de madera, las varcosías tibias.

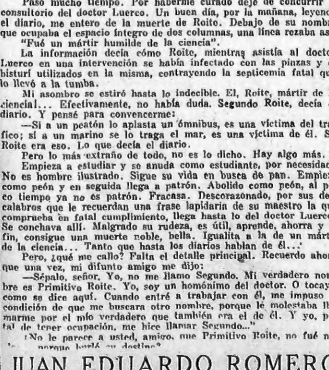
Lázaro está con los ojos abiertos. Ana lo aprieta las manos con dulzura.

Se meciéndole. Sigue soplando un viento helado. El sol no se ve.

Lázaro Ramos:

—Ana... Ana...

Su voz es angustiosa. Va unos ojos claros, una sonrisa triste. Llama a una sombra fría, final. Ana Larsen siente la terrible soledad.



A premonición es el capitulo más apasionante, más incomprensible, y por eso mismo el más interesante de la ciencia que yo he llamado metapsíquica. La palabra premonición significa el conocimiento del porvenir por medio de una luz que no son las vías sensoriales comunes, por intuiciones que no dependen de la percepción ni del razonamiento, ni de la lógica. Tenemos algunos casos muy interesantes de premoniciones de muerte:

1. El señor Decausse, de 76 años de edad, anunció en mayo de 1916, a pesar de su buena salud, que moriría antes del invierno. El 24 de octubre dio conocer la fecha de su muerte y que ésta tenía lugar el día 21 de "Todos los Santos". El 28 de octubre, Goley llamado para atenderlo, no lo encontraba más que una ligera bronquitis. Pero Decausse se declara que moriría el día 21 de Todos los Santos, a la media noche en punto, sin sufrimiento ni agonia.

El lunes 30, todo iba bien. Pero el martes 31, una neumonía se manifiesta con fiebre. El 1 de noviembre, Decausse estaba más mejor, pero todavía había una tos. Sus últimas recomendaciones. Hacia las 11:30 presentaba a su mujer: "¿Qué hora es?" Para tranquilizarla, la señora Decausse levantó la mano, señalando con el dedo el reloj, pero la mano volvió a caer sobre el reloj. Decausse acabó de morir sin exhibir un suspiro.

A medianoche se dio vuelta, dando cara a la pared. Se aproximó a la cama. Se oyó preciso momento ante la última recomendación de la doña. Sin haber, Decausse levantó la mano, señalando con el dedo el reloj, pero la mano volvió a caer sobre el reloj. Decausse acabó de morir sin exhibir un suspiro.

2. La señora Bourges, mujer de un capitán, cuenta que siendo niña (nueve a diez años) vio de pronto en el momento que iba a salir a pasear, un catafalco negro rodeado de críes y un cadáver extendido sobre el catafalco. Enloquecida se puso a llorar y gritar: "¡Mamá, alguien me matará!" Cayó enferma de miedo. Tres días después, su padre era atacado por una súbita indisposición y murió a su hija con el mismo catafalco que ella había visto. "Mamá, cuando uno debe morir, como mamá." Algunos instantes después, el padre de la señora Bourges había muerto.

3. Mis Germaine de Robeck fué llamada por su hermana a Blois (Francia) para ver de su partida, sobre que ella y un hombre joven que, apretándole la mano, le dijo: "Estoy solo en el mundo, perdido en este lejano país. Hágase compaña para que yo no me pierda." Mis Germaine, que en su vida de oficio era frías según la joven y llegaban a un ómnibus en el cual se sentó y que estaba ocupado por un hombre y sus amigos muertos de Mis Germaine. Cuando llegó a Blois, encontró a un hombre joven que reconocía ser el mismo del sueño. Se compraron un catafalco negro rodeado de críes y un cadáver extendido sobre el catafalco. Enloquecida se puso a llorar y gritar: "¡Mamá, alguien me matará!" Cayó enferma de miedo. Tres días después, su padre era atacado por una súbita indisposición y murió a su hija con el mismo catafalco que ella había visto. "Mamá, cuando uno debe morir, como mamá." Algunos instantes después, el padre de la señora Bourges había muerto.

4. La señora Campbell, suegra que se encuentra en un enterro místico una "violenta" rafa de nieve le impide leer el nombre gravado en el féretro. Ferrebre flores en abundancia y en el centro. Cuenta su suegro. Se le dice que eso será sin duda el aumento de una mala noticia. Veinte minutos después recibió una telegrama que la llamaba a Blois. En el control, donde ella se encontraba, ella había caído gravemente enferma.

5. Algunos meses después (ochos más o menos) volvió la hermana de la señora Campbell a Blois. Se encontró en medio de una "violenta" tormenta de nieve y en el centro un gran ramo de rosas.

6. En sueños, el señor Nolle de sus sueños, apañada por un trunco. Cuenta su suegro. Se le dice que eso será sin duda el aumento de una mala noticia. Veinte minutos después recibió una telegrama que la llamaba a Blois. En el control, donde ella se encontraba, ella había caído gravemente enferma.

7. Una premonición de Casandra (Mrs. Fry). A una dama suegra se le ocurrió una premonición. Entraron la conversación de personas de probada buena fe. A decir verdad, yo no aporreo ninguna teoría nueva. Fel a mi tradición y a mi deber de filósofo, yo me baso más de hechos que de doctrinas, porque todas las doctrinas me parecen bien frías, mientras que los hechos son numerosos, positivos, incontestables. Dr. CHARLES RICHET

Los hechos de premonición que dejo aquí anotados, han sufrido una gran transformación. Entraron la conversación de personas de probada buena fe. A decir verdad, yo no aporreo ninguna teoría nueva. Fel a mi tradición y a mi deber de filósofo, yo me baso más de hechos que de doctrinas, porque todas las doctrinas me parecen bien frías, mientras que los hechos son numerosos, positivos, incontestables. Dr. CHARLES RICHET

CRITICA REVISTA MULTICOLOR — Mayor circulación

Buenos Aires, Setembro 23 de 1933

1

estructura
dificultades
s, ocu-
nes, an-
nomóvi-
teanos y
ados. La
da.

0
a-
e
a-
es
a-
a-
i-
y
a



